

Un día en que preparaba él alguna cosa para sus enfermos, sintióse tentado del deseo de comer de aquello. Muy lejos de sucumbir á la tentacion, privóse de ir por la noche al refectorio y pasó así todo el día sin tomar nada, resuelto á hacer otro tanto al día siguiente si hubiese sido necesario, para triunfar de la tentacion; porque dirigiéndose á Dios con la oracion, le dijo llorando y con un extraordinario fervor: « Señor mio, no solamente tengo la resolucion de privarme de comer, si es necesario, para merecer vuestro santo amor, sino que aun cuando fuese menester sufrir el martirio y ser quemado vivo, estaría dispuesto á sufrirlo antes que quebrantar las reglas de la templanza que tanto han honrado á vuestros siervos; por esto, os ruego, Dios mio, que me confirmeis siempre más en el temor de disgustaros. » Este santo religioso, dice el historiador de San Pacomio, pasó así su vida en una perfecta pureza y en los ejercicios de un verdadero monge.

A más de San Teodoro el Santificado, cuya vida hemos traído aqui, San Pacomio tuvo por discípulo á otro Teodoro llamado el Alejandrino, y quizás es el mismo que aquel á quien en otra parte se le da por sobre nombre el Político. Este Teodoro habia sido lector de la iglesia de Alejandria, (Boll. ve Pach., c. 10, n. 79 y n. E.), y puede juzgarse de la pureza de su fe por la de San Atanasio, cuyo discípulo habia sido. Sus costumbres no eran menos puras que su fe, porque llevaba la vida de los ascetas antes que se retirarse á Tabennes, y sobresalía principalmente en la obediencia, siendo sumiso como un manso cordero del rebaño de Jesucristo.

Habiendo oido hablar de San Pacomio, fue á encontrarle en Tabennes con algunos otros que quisieron imitarle en su huida del siglo. El santo abad le recibió y púsole bajo la conducta de un anciano que sabia la lengua griega, hasta tanto que hubo aprendido la egipcia que el Santo hablaba.

Teodoro hizo en tan poco tiempo tan grandes progresos en las virtudes religiosas, que San Pacomio le amó por ello grandemente, y hubiera deseado saber la lengua griega para poder conversar fácilmente con él y animarle siempre más y más á adelantarse en la piedad.

Encargóle despues, hácia el año 335, la conducta de los que habia traído de Alejandria, y de algunos otros que no sabían hablar el egipcio, prescribiéndole excelentes reglas para desempeñar bien su cargo. Ya dimos cuenta de ellas en la vida del santo abad. Teodoro fué tan fiel en observarlas, que pronto se vieron florecer todas las virtudes en su pequeña comunidad. Gobernóla durante trece años en vida de San Pacomio, á quien sirvió de intérprete para los griegos y latinos que no entendian la lengua tebea. Desempeñaba entrambos cargos, el de superior y de intérprete bajo la conducta de San Teodoro Santificado.

Entre los otros santos religiosos que nombra tambien el historiador de San Pacomio, hablaremos de Atenodoro y de Silvano el comediante.

Atenodoro fué para todos los religiosos de Tabennes (Boll. v. Pach. c. 4, n. 35.) un gran motivo de edificacion en una larga y penosa enfermedad (era la lepra), con que Dios le visitó para consumir la virtud. No solo la sufrió por su mision sino con acciones de gracias. Su resignacion iba acompañada de una paz y serenidad tan edificante que antes que su mal le pusiera fuera de estado de ser trasladado de uno á otro lugar, San Pacomio le hizo morar sucesivamente en los diferentes monasterios de la Orden, á fin de que su virtud sirviese de modelo á todos los hermanos.

Aun cuando su mal le obligó á tener una celda separada, no se creyó dispensado de vivir austeramente, de trabajar y seguir los oficios. No comia más que pan seco; jamás dormía de día; hacía una estera todos los días; y aun

cuando sus manos estaban todas cortadas por los juncos de que hacía sus trabajos, hasta tal punto que las tenía ordinariamente teñidas con la sangre que manaba de sus llagas, sufría estos dolores sin desistir de trabajar y sin quejarse jamás. Por la noche, antes de dormirse, escogía algún pasaje de la sagrada Escritura, que repasaba devotamente en su espíritu hasta que se dejaba adormecer. Tomaba también unas horas de descanso mientras aguardaba que se diera la señal de levantarse para ir á maitines.

Viendo un día un hermano sus manos tan ensangrentadas, movióse á compasion y despues de haberle representado que nadie le obligaba á trabajar, porque su mal era bastante grande para dispensarle de él, le dijo que al menos si no podía estar sin ocupacion, frotase todas las noches sus manos con aceite, á fin de suavizar sus llagas, y hacer por esto mas llevadero el dolor. Atenodoro quiso servirse de este remedio ; pero sus llagas se enconaron y los dolores fueron más agudos. Habiéndose entonces presentado San Pacomio (Boll. v. S. Pach., c. 4, n. 36.), y sabiendo que Dios queria santificarle por el sufrimiento, le dijo « ¿ Pensábais, pues, oh Atenodoro, que el aceite seria de algún alivio á vuestros males ? Pero ¿ cómo habiais tenido más confianza en este remedio que en Dios ? ¿ Es que el Señor no es bastante poderoso para curaros ? Pero él no os ha enviado este mal más que para la utilidad de vuestra alma. » Entonces Atenodoro humillándose delante de Dios y de su superior, respondió : « He pecado, padre mio, y tengo mucho pesar de ello. Os suplico que me obtengais de Dios el perdon por vuestras oraciones. » No se contentó con estas señales de contricion, sino que pasó un año entero llorando esta falta, y no comió más que un día sí, y o no.

Atenodoro es llamado Zaqueo en la Vida de San Pacomio de la version de Denis el Pequeño y en Lipomano, sin

que se sepa porqué ; Es que habría tenido estos dos nombres ? En todo caso es diferente de otro Zaqueo, procurador en los últimos años de San Pacomio y despues de su muerte.

Resta hablar de Silvano el comediante cuya relajacion fué al principio un motivo de ejercicio para la paciencia de San Pacomio ; pero el cual fué despues su consuelo por su arrepentimiento y sincera humildad. Era todavía jóven cuando pasó del teatro al estado monástico y fué á presentarse al santo abad para ser admitido en su Orden. El santo no dejó de advertirle que el estado que queria abrazar era penoso y laborioso, y que mirase bien en lo que se empeñaba y si podía cumplir los deberes de un verdadero monje. Silvano protestó que haría para ello todo cuanto estuviere de su parte, y en consecuencia fué recibido. En efecto, perseveró durante algún tiempo en el fervor, humildad y mortificacion ; pero luego se relajó y se entregó á una tal disipacion que se divertía en reir, jugar, é imitar las bufonías de los comediantes, lo cual algunos otros hermanos, arrastrados por su ejemplo, comenzaban ya á hacer como él.

Una semejante licencia era desoída en Tabennes, en donde no se veía sino gravedad, modestia y mortificacion. San Pacomio fué advertido de ello por muchos hermanos que hasta le rogaron que echase á Silvano del monasterio, por miedo de que su ejemplo no fuese todavía más contagioso. El Santo, cuya paciencia y dulzura igualaban el zelo, no quiso llegar por de pronto á tal extremo. Comenzó por dirigirse á Dios segun su costumbre, á fin de atraer sobre la correccion que queria dar al culpable la bendicion necesaria para que le fuese útil ; despues le hizo llamar, dióle una severa reprension y añadió la orden de darle disciplina, aun cuando le costó muchísimo usar de semejante rigor.

Sin embargo estas primeras medidas no corrigieron á Silvano. Continuó viviendo en la misma disipacion, y los hermanos escandalizados pidieron más que nunca al santo abad que le echase de la Orden como un sujeto de demasiado malejemplo. Asi que, San Pacomio, habiéndole hecho presentar delante de los religiosos reunidos, le reprochó con un tono severo diciéndole que era incorregible, y ordenó que se le quitase el hábito monástico y se le volviese á casa de sus padres.

Silvano, que entonces podía tener unos veinte años, viendo que el santo patriarca queria de veras echarle de la Orden, se arrojó á sus pies derramando lágrimas con grandes protestas, que si queria perdonarle todavía esta vez, vería pronto en él un completo cambio, que sería para él un mayor motivo de gozo de lo que su mala conducta pasada lo había sido de dolor.

« Pero, le dijo San Pacomio, ya veis con qué paciencia os he sufrido hasta el presente ; sabeis cuántas veces os he corregido hasta llegar á emplear el castigo contra mi inclinacion natural ; y si, á pesar de las oraciones que he hecho por vos, si mis advertencias, si los golpes no han obrado nada ¿ cómo os sufriré más ?

Silvano persistió en suplicarle siempre más que le perdona, y protestó tan fuertemente que cambiaría de vida, que el Santo se dejó finalmente rendir ; pero no fiándose del todo de sus promesas, preguntó á los religiosos que estaban presentes, si alguno de ellos queria responder de su cambio. Petronio se ofreció para esto, y bajo su fianza le permitió que se quedase en la Orden.

Púsole bajo la conducta de Psenamon, religioso de gran virtud, á quien pidió que tuviese gran cuidado de él, y aun de juntar su penitencia á la que le mandaría hacer puesto que él, Pacomio, estaba demasiado ocupado en el gobierno general de los hermanos para hacerle este servicio particular.

Dios bendijo en este golpe la indulgencia del santo patriarca de una manera sensible. Silvano, desde este tiempo, fué totalmente otro del que había sido. Aplicóse con Psenamon al trabajo, á las vigiliass, á los ayunos y á los demás ejercicios de la penitencia. Estábale tan perfectamente sumiso que ni siquiera se hubiese atrevido á tocar una hoja de yerba sin permiso suyo. Adquirió sobre todo una dulzura y humildad profundas ; hablaba poco y casi jamás levantaba los ojos, y no miraba á nadie en el rostro ; era tan grande su compuncion que le hacia derramar lágrimas sin cesar, aun durante la comida, sin que pudiese impedirlo. Se había hecho enemigo del sueño ; y cuando por la noche se sentía rendido por el cansancio y apretado por el deseo de dormir, se sentaba en medio de su celda, y pasaba la noche haciendo esteras. En una palabra, dice el autor de la Vida de San Pacomio, Silvano no vivía más que la vida del espíritu.

Todos los hermanos estaban grandemente edificados de sus virtudes y sobre todo de aquella viva contricion que se manifestaba bastante por la abundancia de las lágrimas. Hasta algunos llegaron á creer que en esto había exceso y le dijeron que ya podía derramarlas bastante á su gusto durante el tiempo de la oracion, pero que procurase á lo menos contenérselas cuando estaba en la mesa y en presencia de los huéspedes y forasteros. Él les respondió que bien deseaba esto ; pero que, por más esfuerzos que hacia, no podía detener su curso.

Instáronle á que les dijese cuál era el motivo que le ocasionaba tantas lágrimas. Él les contestó : ¿ Cómo no quereis que lllore, viendo que estoy servido por religiosos santos de quienes debo respetar hasta el polvo que pisan sus pies ? ¿ No debo tambien hacer penitencia yo que he subido al teatro y que despues he tenido la dicha de ser recibido aquí, en donde he sido y soy tratado con tanta caridad por

tan excelentes personajes? ¡Lloro, pues, hermanos míos, temiendo con justa razón que la tierra se abra bajo mis pies y me trague vivo, como sucedió á Datan y á Abiron; sobre todo viendo que despues de haber conocido la verdad y haberme convertido á Dios, he tenido luego la desgracia de descuidar mi salvacion hasta tal punto que me he puesto en peligro de ser echado de este monasterio, y ha sido necesario un fiador para asegurarse de mi enmienda. Así que no siento pena en confesarme culpable y conozco tan bien la enormidad de mis crímenes, que no dejaría de dar mi vida para obtener la remision de ellos, si se creyese que esto era necesario. »

Viendo San Pacomio que hacía tanto progreso en el combate espiritual, y que sobre todo se distinguía por la humildad, propúsole un dia por ejemplo á los hermanos reunidos, y les dijo que había uno entre ellos que sobrepujaba á todos cuantos buenos religiosos habia visto jamás. Como al principio no le nombraba, los unos creyeron que quería hablar de Petronio ó de Orsise, los otros de Teodoro; y el mismo Teodoro le suplicó que les dijese de quién quería hablar. El Santo se negó á nombrarle; pero, apretado más por Teodoro y los demás hermanos que á él se juntaron, les dijo por último; « Si yo creyese que aquel de quien quiero hablar se dejase llevar de la vana gloria, me guardaría muy bien de darle á conocer; pero estando cierto de que se humillará tanto más cuanto se oiga alabar más, no temo hacer públicamente su elogio, á fin de que os decidais más á imitarle. Es verdad que vos, Teodoro, y los demás que os imitan en el combate que librais contra los enemigos de la salvacion, teneis encadenado al demonio como se ata un pajarito, y le pisoteais como se pisotea el polvo; pero si por desgracia llégaraís á tomar con negligencia el cuidado de vuestra alma, pronto le veríais levantarse de nuevo y escapárseos; mientras que Silvano, que to-

avía es un novicio en comparacion de vosotros, y á quien antes queríais que se echase del monasterio, ha triunfado tan bien del demonio por su profunda humildad, que aquel espíritu maligno ni siquiera se atreve á parecer delante de él.

« En cuanto á vosotros, por más virtud que hayais adquirido, y aun cuando querais parecer viles á vuestros propios ojos, conociendo sin embargo el progreso que habeis hecho, no os estimais tan poco que no os apoyeis en vuestras buenas obras; pero Silvano, cuanto más generosamente, tanto más despreciable se cree, mirándose muy sinceramente como un siervo inutil; así que, á causa de estos sentimientos de humildad, derrama continuamente lágrimas. Añado que si vosotros le superais en experiencia y en largos combates contra el demonio, él os sobrepuja en humildad; y nada hay que desarme mejor al demonio y quebrante su poder, como la práctica sincera de la humillacion. »

Silvano continuó en ejercitarse de la misma manera en la humildad y penitencia durante ocho años que todavía vivió, al fin de los cuales terminó felizmente su carrera; y San Pacomio dió de él este glorioso testimonio, á saber, que una multitud de espíritus celestiales habian venido á recibir su alma cantando cánticos de alegría y la habian presentado al Señor como una víctima escogida y un muy precioso perfume.

DISCIPLINA MONASTICA DE TABENNES

Para dar á conocer enteramente á San Pacomio, hay que hablar de la disciplina que estableció en su Orden. Esta